

"¡NO VAYÁIS AL NORTE!"

UN NUEVO LIBRO de Moisés González Navarro * constituye el mejor estudio que se haya hecho hasta ahora sobre la colonización en nuestro país. Consta de tres partes. En la primera se analiza la política colonizadora del Porfiriato

que, en términos generales, puede caracterizarse de la siguiente manera: atraer por cuenta del gobierno a los colonos; dotarlos de tierras, compradas a los particulares primero, y después, tomarlas de los baldíos; pagarles el transporte y refaccionarlos con los implementos necesarios. Más tarde, y ante los fracasos de la colonización oficial y la prosperidad de algunas de las colonias creadas por particulares, el gobierno aseguraba que la colonización oficial sólo había buscado dar ejemplo y estímulo a las empresas privadas y hasta inducir a los colonos a que vinieran por cuenta propia, como ocurría en Argentina. El gobierno renunció a la colonización oficial al final; reconoció su fracaso, y afirmó que ayudaría con la remoción de los obstáculos mayores, es decir, con medidas indirectas que facilitarían la colonización privada.

La política del ministerio de Fomento, en el que operaba Vicente Riva Palacio; las campañas de prensa; la política presidencial de Díaz y del general González; la tesis de Carlos Pacheco, optimista hasta la exageración, son examinadas sucinta pero cabalmente, en este libro. La política de Manuel Fernández Leal, la dilapidación y entrega a los extranjeros de los terrenos baldíos son presentados sin partidismo político. Si los informadores profesionales y los columnistas de hoy leyeran este libro de Moisés González, seguramente no escribirían de la panacea de la colonización.

La política colonizadora, que hasta tuvo propósitos de "mejoramiento racial", atrajo grupos pequeños de italianos, alemanes y, sobre todo, norteamericanos. Si los proyectos hubieran dado resultado, millones de extranjeros hubiesen venido. El cotejo entre los ambiciosos proyectos y las modestas realidades, muestra que los esfuerzos del gobierno y de los particulares no alcanzaron gran éxito. Tampoco las colonias

* Moisés GONZÁLEZ NAVARRO, *La colonización en México, 1877-1910*. México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1960; 160 pp.

de franceses, belgas, españoles, boeros, japoneses, rusos y puertorriqueños alcanzaron buen fin. Tal vez el único resultado, negativo por cierto, fue la presencia de algunos miles de norteamericanos, cerca de la frontera, que nos acarreó consecuencias nefastas.

Capítulo de especial interés es el titulado "México, país de emigración". En él se dice que ya muchos en aquella época señalaron que en vez de rogar a los extranjeros que viniesen a México se repatriase a los nacionales radicados en Estados Unidos y se detuviera el éxodo de braceros mexicanos. Alrededor de este asunto se discutió el valor del elemento básico en la demografía mexicana, el indio. González Navarro, al plantear la actitud ideológica de la época frente al indio, distingue tres cuestiones. En la primera, donde se habla del indígena como elemento histórico de la formación de México, recuerda lo escrito por Ignacio Ramírez:

En ser indio mi vanidad se funda.
Porque el indio socorre en su miseria
a los vasallos de Isabel segunda.

F. Pimentel sostuvo, en 1886, algo que muchos olvidaron después, que la fisonomía distintiva de los mexicanos era mestiza o india pura, teniendo como sedimento la raza azteca y no la española. Cuando Reyes Retana alegó que "todos los mexicanos eran hijos de España", otro diputado, como Pimentel, se opuso con esta tesis: "la historia de México se suspendió con el grito de Cuauhtémoc y se reanudó con el de Dolores, nada teníamos de común con los españoles". Y Altamirano, uno de los creadores de la literatura nacional, sostuvo con mesura y firmeza al mismo tiempo:

Yo no me enorgullezco de ser indio, ni me siento humillado por ello, porque nadie tiene la discreción de nacer en tal o cual raza de las que constituyen el género humano. El mérito consiste en confesar que en cualquiera de ellas tiene uno el carácter de hombre...; tengo el gusto de diferenciarme de muchos que perteneciendo a cierta raza, tienen vergüenza de confesarlo.

En el apartado "¡No vayáis al Norte!" encontramos un cua-

dro interesante y revelador. En 1910 había casi el doble de mexicanos en Estados Unidos (221,915) que extranjeros entre nosotros (116,527). Y ya entonces el mexicano era maltratado en el país vecino: sufrían un “examen casi humillante en la oficina de inmigración; después esperaban, a la intemperie, los víveres y la indumentaria que los empresarios les vendían a precios exorbitantes. Con frecuencia se les negaba el servicio en los restaurantes texanos”. Por esos agravios, un viejo residente de Estados Unidos recomendó que no fueran a ese país, a menos que tuvieran “ganas de recibir vejaciones, desprecios, miserias y todo un cortejo de desprecios y calamidades”.

Como en nuestros días, también en aquella época algunos atribuyeron la emigración al afán de aventuras. En febrero de 1910, en Ciudad Juárez se hallaban mil braceros que no pudieron cruzar la frontera “víctimas de su imprudencia de moverse de donde tenían trabajo seguro para ir a correr aventuras a tierra extraña y no siempre hospitalaria”. Sin embargo, no faltó quien situara correctamente el problema:

Malos tratamientos, injusticias irritantes y humillaciones continuas, esto es lo único que encuentran. Hay, pues, que decirles constantemente: no vayáis a los Estados Unidos, trabajadores mexicanos. Mientras haya aquí ocupación para vosotros, permaneced en vuestra patria.

Lo cierto es que en México los trabajadores carecían de ocupación, y en el mejor de los casos, ganaban poco. Como se ve, las condiciones económicas de la clase campesina al final de la dictadura porfirista, no han variado mucho, y a pesar de ciertos signos de indiscutible cambio.

Estas y muchas más lecciones encontrará el lector del libro de González Navarro. Economistas, sociólogos e historiadores hallarán material suficiente para meditar detenidamente.

Daniel MORENO,
Universidad de México